

Viola, punta de lanza del intervencionismo norteamericano

por Luis Alberto
GARCIA AGUIRRE

Cuando el ex jefe de la CIA, general Vernon Walters, concluyó su gira por varios países de América Latina, auscultando en nombre de la administración Reagan las posibilidades de apoyo y participación militar para una intervención conjunta en El Salvador, casi nadie dudó del fracaso de su misión.

Así fue, realmente. Pero con una importante excepción: la dictadura militar argentina.

La "Doctrina Viola", de represión militar conjunta entre los ejércitos del Cono Sur, enunciada en Bogotá, y largamente practicada por su mentor desde el golpe militar de 1976, adquirió así vigencia hemisférica.

No resultan extraños, entonces, los acuerdos logrados en esta materia en el encuentro Reagan-Viola, recientemente realizado en Estados Unidos. La política intervencionista de los republicanos encuentra en Viola un fiel, aunque no muy afortunado ejecutor: "Argentina —dijo el presidente designado— comparte la nueva política nortea-

mericana hacia El Salvador". Y Reagan respondió: "Ambos países podrán afianzar sus relaciones así como su participación en la resolución de los asuntos hemisféricos de interés común".

Mientras se produce este encuentro, el secretario general del Ejército Argentino, general Alfredo Saint Jean, hablaba en Buenos Aires en términos aún más concretos: "Hemos ofrecido nuestro asesoramiento a las fuerzas armadas salvadoreñas en esa lucha que también sufrimos en otra oportunidad" contra la "agresión marxista".

A cambio de ese apoyo, la dictadura del Cono Sur habría obtenido el levantamiento de la prohibición de venta de armas norteamericanas y un trato más benéfico para su política nuclear. No hubo acuerdo, en cambio, en la suspensión de la venta de cereales argentinos a la URSS, para sumarse así al embargo impuesto por Estados Unidos.

De esta manera, la tiranía argentina, en la fase Viola, se presenta como una amenaza abierta a todos los procesos democráticos y populares del continente y a la doctrina de autodeterminación de los pueblos, valientemente sostenida por el presidente de México, José López Portillo.

Además de tomar buena nota de este firme aliado conseguido por Reagan, los gobiernos y fuerzas democráticas y progresistas de América Latina deben contabilizar escrupulosamente la situación interna que enfrenta el nuevo dictador argentino.

En Nueva York, Viola dijo en respuesta a la pregunta de un periodista sobre el tema de los detenidos desaparecidos: "Me parece que lo que usted quiere decir es que investiguemos a las fuerzas de seguridad, y eso sí que no. En toda guerra hay vencedores y nosotros fuimos vencedores y tengan la plena seguridad que si en la Segunda Guerra Mundial hubieran ganado las tropas del Reich, el juicio hecho en Núremberg se hubiera realizado en Virginia".

Evidentemente, el fantasma de Núremberg sigue rondando en la cabeza del general Viola y por mucho que afirme, como el ministro del Interior de Videla, general Harguindeguy, que a un "ejército vencedor no se le pide rendición de cuentas", las crecientes reclamaciones que se le hacen en el mundo, y en especial que formula el pueblo argentino, parecen demostrar que tal victoria no existe.

No puede entenderse en

otro sentido el que luego de los 5 años de dictadura oligárquica, lejos de extinguirse, las exigencias populares se acentúen y masifiquen.

Hasta 1979 los mandos militares, ejecutores del proyecto de la oligarquía, encontraron enconada resistencia en los trabajadores. Pero a partir de ese año, y sobre todo en 1980, se sumaron activamente los empresarios nacionales, tanto del agro como de la industria, la juventud argentina con sus reclamos de justicia y paz, las mundialmente conocidas Madres de Plaza de Mayo y el grueso de los partidos políticos.

Un verdadero frente nacional se va gestando en las calles como símbolo del fracaso del proyecto oligárquico. Y la ayuda económica que Viola pueda haber obtenido de los monopolios norteamericanos, no harán sino embretarlo aún más en un continuismo sin futuro. Porque las condiciones de David Rockefeller, con quien conversaba en Nueva York, exigen el mantenimiento de la política económica iniciada por Martínez de Hoz, aunque se introduzcan algunos cambios "gatopardistas". Y esto, como bien lo saben las hoy no tan monolíticas Fuerzas Armadas argentinas, es echar más leña al fuego de la rebelión popular en ciernes.

Cómo estarán las cosas en aquel país sudamericano, que las exigencias de ese conglomerado de fuerzas populares coinciden en el plazo que tiene el nuevo presidente designado para echar por la borda la política económica de la oligarquía: el fin del primer semestre de 1981. Un ex ministro de Economía, el desarrollista Aldo Ferrer, fue aún más categórico en el emplazamiento. Viola —dijo— tiene 24 horas para producir un cambio radical.

Ante esta situación, el general Viola deberá elegir entre emprender la retirada militar del poder o afrontar la rebelión popular. So pena que algún otro general, más tarde o más temprano, tome la decisión por él.

Pero en el interín, la "doctrina Viola" no sólo seguirá ensañándose con el pueblo argentino. Ahora amenaza a todos los pueblos americanos. Y no enfrentar esta acechanza coordinando esfuerzos en el continente sería equivocado y peligroso para la vigencia plena de la soberanía popular, la independencia nacional y la estabilidad democrática en América Latina y el Caribe. (Radio Noticias del Continente).